



cuadra. Entorpecidos en sus maniobras los pesados navíos orientales, se chocan y estorban, mientras que las ligeras galeras de los griegos les atraviesan de parte á parte con sus largos espolones. La ventaja queda por Temístocles, que con su ala victoriosa va á librar á los lacedemonios. Este movimiento completó la derrota. El mar estaba á lo lejos cubierto con los restos de las naves persas; por todas partes se veía huir sus tripulaciones; entraron en desorden en Faléreo.

Jerjes tenía todavía más fuerzas de las necesarias para someter la Grecia; estuvo muy felizmente acertado al hacer caso del aviso que le dió la reina de Halicarnaso, la esforzada Artemisa: «Dejad á Mardonio con trescientos mil hombres; si tiene buen éxito, la gloria recaerá sobre vos; si sucumbe, la falta pesará sobre él solamente.» La flota se retiró hácia el Helesponto y Mardonio retrocedió á Tesalia para pasar allí el invierno. No existía ya en Sestos el puente de barcas, y el gran rey se vió precisado á ponerse en salvo como un fugitivo en una mala barquichuela de pescadores. El botín de los griegos había sido enorme; por mucho tiempo se vió en el vestíbulo del Partenon de Atenas el trono con los piés de plata, desde el cual Jerjes miraba la batalla de Salamina.

La fortuna perseguía á los persas más allá de la Grecia. Los cartagineses aliados suyos, que habían atacado á los griegos de Sicilia y de Italia, fueron derrotados en Panormo por Gelon de Siracusa y Teron de Agrigento. Hamílcar y ciento cincuenta mil hombres quedaron en el campo.

La Grecia rebotó en alegría por la victoria de Salamina. Toda la gloria fué para Temístocles. Esparta le honró también con una corona de laurel y con una escolta de trescientos jóvenes guerreros; es el único hombre á quien ella concedió semejante favor.

Faltaba combatir á Mardonio y arrojarle de la Grecia Central, y Esparta quiso encargarse de ello. Su rey Pausanias condujo á Beocia el ejército confederado, al cual unió Aristides ocho mil atenienses. Hábilmente acampados cerca de Platea, los griegos tuvieron muchas veces la ventaja en los encuentros par-

ciales; el desaliento se apoderó de los persas; no tenían confianza ni en su general, ni en el destino.

Observábase los dos ejércitos, cuando una noche, del 20 al 21 de Setiembre del año 479, un jinete que se había escapado del campo de los persas, dió aviso á los lacedemonios que Mardonio debía atacarles al día siguiente, y les suplicó no olvidasen este servicio. Las tropas enemigas intentaron, en efecto, romper las líneas de los griegos y fueron rechazadas; pero faltaba el agua en los alojamientos helénicos. Fué necesario levantar el campamento; los persas vieron el movimiento y cayeron sobre la retaguardia. Pero los griegos, volviéndose, dan el grito de guerra: «¡Eleleu! ¡Eleleu!» y cargan á los batallones orientales. La lucha fué larga y encarnizada. Embarazados por sus largos vestidos, viendo sus armas ligeras romperse entre sus manos, los persas no pueden resistir, á pesar de su valor. La traición de la caballería de Artabaces acabó la derrota; Mardonio fué muerto, después de haber hecho prodigios de valor, que le valieron los mayores elogios del vencedor. La tierra estaba cubierta de ricos despojos de la Persia, cuyo diezmo fué consagrado á los dioses: la cimitarra de Mardonio fué colocada en el tesoro del Partenon, cerca del trono de Jerjes; la voz unánime concedió á los de Platea el mayor esfuerzo en esta jornada.

En el mismo día se engrandecía la flota en Micala. Derrotados en el mar por Leotíquides, rey de Esparta, y Jantipo, padre de Pericles, los persas habían desembarcado en el continente: los griegos les persiguen, queman sus naves y matan cuarenta mil hombres. Los resultados de esta doble victoria, fueron el quedar libre toda la Jonia y la alianza que se hizo con los insulares.

La Grecia estaba ya libre; los bárbaros habían sido arrojados fuera de su territorio; Artabaces había conducido al Asia los restos del ejército expedicionario, y los papeles se van á cambiar ahora.

La agresión parte de los griegos; desde Micala, descienden al territorio del imperio persa. Atenas va á ponerse á la cabeza de la Héla-de y proseguir sus triunfos. Esparta y los



demás aliados, que comenzaban á ver con envidia á sus gloriosos rivales, se retiraron para invernar á sus casas, y los atenienses tomaron á Sestos, la única ciudad de Tracia en donde se conservó la dominación del gran rey.

La ciudad de Minerva se levantaba, sin embargo, dejando subsistir las ruinas de sus templos para recordar eternamente la injuria y la venganza; los fugitivos reedificaban los palacios y los arsenales. La ciudad escavaba el Pireo para hacerse un puerto, y una formidable marina aumentaba su poder. Esparta se alarmó á vista de esta nueva grandeza. Temístocles, entreteniendo á los espartanos, ganó tiempo para la construcción de las murallas; pero los envidiosos dorios no le perdonaron, ni aun los magníficos armamentos con que dotó á su patria. Atenas tenía casi tantas galeras como toda la Grecia junta; se sirvió de ellas para arrojar las últimas guarniciones persas del mar Egeo y del Propóntide. Chipre fué libertada; Bizancio fué tomada despues de un largo sitio: toda la Grecia estaba allí mezclada, y Pausanias mandaba la expedición. Esta última hazaña le perdió. Quería hacerse tirano de la Grecia, como también era el ciudadano más rico de ella. Al mismo tiempo que afectaba una despótica autoridad sobre los aliados, se humillaba ante Jerjes. Solicitaba la mano de su hija, y mendigaba sus auxilios para avasallar á su patria. Los jonios, irritados por su altanería, le insultaron; toda la flota abjuró su mando, y se puso por unánime acuerdo á las órdenes del de Aristides y del jóven Cimon, generales de los atenienses.

Esparta había perdido su supremacía con Pausanias. No se quiso obedecer á sus sucesores, y el tesoro, confiado á la integridad de Aristides, aseguró á la ciudad de Atenas el mando de la Grecia. Era esto obra de Temístocles, y el colmo de sus deseos; Esparta lo sabía, y persiguió á este grande hombre con encarnizamiento. Atenas, que se cansaba sin duda de oír siempre hablar de su gloria y de sus servicios, le había ya condenado al ostracismo. Esparta persuadió á los atenienses para someterle á una acusación por pretendidas intrigas con la Persia, y los atenienses consintieron en

entregarle á los anficiones. Este tribunal era adicto á Lacedemonia.

El vencedor de Salamina huyó del lugar de su destierro, y á fuerza de astucia y habilidad, consiguió llegar á la corte del gran rey. Jerjes, generoso para sus enemigos desgraciados, le recibió con el mayor honor y le asignó tres ciudades para su renta. Temístocles le estaba agradecido, pero no hasta el punto de hacer traición á su patria; y cuando le propuso el gran rey que se pusiera á la cabeza de sus tropas, no respondió nada, y reuniendo á sus amigos en un gran banquete, se envenenó (1); más valían todavía las cadenas de Milciades!

Pausanias sufrió al mismo tiempo un suplicio más merecido. Sus arterías habían sido al fin descubiertas; sus jueces, sobornados ya una vez, se vieron obligados á condenarle cuando le vieron excitar á la rebelión á los ilotas y á los mesenios. Se le dejó morir de hambre en el templo de Palas, en donde había buscado asilo.

La Grecia perdía todos sus defensores, uno en pos de otro. Aristides acababa de morir, y este hombre, que había manejado largo tiempo las rentas de toda la Grecia, no dejaba con qué sufragar sus funerales: el Estado se encargó de la educación de su hijo y de la dote de sus hijas. Todas las miradas y todas las esperanzas se fijaban en el hijo de Milciades.

El jóven Cimon, que era el hombre más bello de la Grecia, poseía la prudencia de Temístocles y la probidad de Aristides, era digno de su elevado nacimiento y de su bello destino. Parecía que los atenienses, arrepintiéndose de su ingratitude para con el padre, querían repararla en el hijo. Cimon fué colocado á la cabeza de las fuerzas navales de toda la Grecia, y no tardó en justificar esta confianza. Anfipolis es tomada, Eyon sometida, á pesar de la espantosa carnicería de sus defensores, que se quemaron con sus mujeres, sus hijos y sus ri-

(1) Este género de muerte está controvertido; Tucídides asegura que Temístocles murió de enfermedad. Sus restos fueron llevados á Atenas y se enseñaba su sepulcro en el Pireo. Duruy, *op. cit.*, página 424.



quezas antes que rendirse. Despues este general recorrió las costas de la Caria y de la Lidia, á la cabeza de trescientas naves, dando á su paso la libertad á todas las ciudades. Cargado de tesoros y de gloria, se prepara á perseguir á los persas en el seno de su imperio. El estado de esta vasta monarquía se prestaba maravillosamente á sus incursiones.

Jerjes, del mismo modo que Darío, sin duda para distraerse de sus descalabros en Grecia, había ambicionado la gloria de las grandes construcciones: en Persépolis, como en Van, atestiguan las inscripciones que construyó suntuosos edificios y que acabó los que había inaugurado su predecesor (1). Por lo demás, lo que caracteriza siempre á todos estos señores del Asia, es el lenguaje á la vez lleno de orgullo y de presunción: «Gran dios es Ahura-Mazda y es el más grande de todos los dioses; el que ha creado esta tierra, el que ha creado este cielo, el que ha creado el hombre, el que ha dado al hombre su superioridad; ha hecho á Jerjes rey, único rey sobre muchos reyes, único emperador sobre muchos emperadores.» Yo, Jerjes, el gran rey, el rey de los reyes, el rey de la tierra y de las lenguas, el rey de esta tierra, la grande, la rica, hijo del rey Darío, Aqueménides, el rey Jerjes, dice: «á la sombra de Ormuzd he construido esta puerta; Vizadaha es su nombre, y he hecho otras obras espléndidas.» El rey Jerjes dice: «Protéjame Ormuzd, y á mi reino, á mis fronteras, todo lo que he hecho y todo lo que mi padre ha hecho (2).» Estos esplendores eran facticios, y no podían defender á la Persia contra los ataques de sus enemigos. Estaba además entregada á las revoluciones de serrallo.

Jerjes acababa de ser asesinado por conspiradores á cuya cabeza estaba el comandante

(1) Hé aquí una de estas inscripciones; es del hijo de Darío: «El rey Darío, que fué mi padre, hizo, bajo el amparo de Ahura-Mazda (Ormuzd), muchos y magníficos edificios; dió la orden de esculpir esta estela «en la montaña». Sin embargo, no insertó nada sobre esta piedra. Despues yo di la orden de hacer una inscripción sobre esta piedra.» J. Oppert, *Expedición á Mesopotamia*.

(2) J. Oppert, *op. cit.*

de sus guardias, Artaban (472), y no pudo ceñir el Kulah-schahi la diadema del rey de los reyes sino despues de haberse librado de conjuraciones (1) y de atentados, despues de haber derrotado dos veces á su hermano primogénito Gustasp, Histaspes, y á Kai Bahman Ardschir ó Artakhshartha, por sobrenombre Diraz-Dust, á quien los griegos llamaron Artajerjes-Longimano. Los gobernadores de las provincias se habituaban á la rebelión, y con gran trabajo se restableció el orden en Oriente. Los atenienses llegaban al mismo tiempo. En un solo día se apoderó Cimon de trescientas naves pertenecientes á los aliados del gran rey; haciendo despues tomar á sus soldados la tiara y la cimitarra de los prisioneros, cae de improviso sobre el campamento de los persas, atrincherados en Eurimedonte, y hace en ellos una horrible carnicería. Tomando gusto los atenienses al botín y á la guerra, la continuaron con el mismo buen éxito. Cansados por último los aliados de Atenas, Cimon les ofreció cambiar su servicio activo por una contribución anual; la república se encargaría de su cuenta el sostener por sí sola las hostilidades. El contrato fué aceptado, con gran provecho de la ciudad y con gran alegría por parte de los aliados, pero con mortal disgusto de Esparta.

Pero la fiera Dóríde estaba violentada entonces al ver las hazañas de su rival, sin poder contrarrestarlas y ni aun oponer obstáculos. La naturaleza y los hombres parecían reunirse para combatir contra ella; un temblor de tierra había hecho desplomarse el monte Taigeto sobre la ciudad, y solamente cinco casas habían quedado en pié. Los ilotas creyeron que había llegado el momento favorable para vengar su antigua querrela; se sublevaron y en seguida se unieron á los mesenios otros esclavos de la codicia y de la ambición de Esparta. Itomo estaba ocupado, y Esparta, ante la in-

(1) Artaban y los conjurados, despues de haber implicado á Darío ó Histaspes, hijo primogénito de Jerjes, en el asesinato que era obra suya, y despues de haber tratado de deshacerse de Artajerjes, acabaron por ser enviados al suplicio.



minencia del peligro, llamó en su auxilio á Atenas. Nuevas victorias conseguidas sobre los persas habian aumentado todavía más el poder de la república y el crédito de Cimon.

Las turbulencias que tuvieron lugar al principio del reinado de Artajerjes, habian despertado el odio antiguo de los egipcios. Un jefe audaz, el hijo del último Faraon, Psam-tik II, Inaros de Marea, habia arrojado á los persas y llamado á los griegos. Cimon llevó doscientas velas á las bocas del Nilo (463). Los sublevados derrotaron á treinta mil persas con el auxilio de los atenienses, y Menfis bloqueada iba á ser tomada. Pero Esparta pedía auxilio; Atenas victoriosa olvidó sus rivalidades, y Cimon le hizo comprender que la Grecia *no podía quedar coja*. Fué enviado un ejército de socorro; mas Lacedemonia, ingrata y envidiosa, rechazó esta asistencia con desprecio; la afrenta recayó sobre el hijo de Milciades.

Llevaban al mismo tiempo malas nuevas de Africa. Inaros habia sido derrotado por Megabises; los griegos, obligados á capitular, habian perecido en el trayecto á través de las arenas de la Libia y de Cirene; setenta naves enviadas para recogerles habian sido tomadas ó echadas á pique por los fenicios.

Todos estos motivos de descontento, agraviados todavía más por Pericles, el nuevo y hábil campeón de la democracia, recayeron sobre el vencedor de Eurimedon, y la adversa fortuna de Atenas castigó á Cimon al ostracismo.

Esparta se vengaba al mismo tiempo. Pisa fué destruida enteramente por haber osado sostener á los rebeldes; los ilotas y los mesenios, obligados á salir del Peloponeso, encontraron apoyo entre los atenienses que les establecieron en Naupacta.

La rebelion de la Mesenia habia sido como una señal para todos los oprimidos. Los súbditos de Argos rechazan su supremacia; los de Tebas rehusan su tributo; pero Micenas es tomada y saqueada. Atenas es aliada de Argos, Esparta de Tebas; era esto muy natural, y habia un gran motivo de prosperidad en ayudarse reciprocamente. Atenas fué derrotada en Tanagra (455), y tomó su desquite en Enofta dos meses después; quema en seguida

las galeras de Lacedemonia, derrota á los sicionios, y destruyendo las fortificaciones y la marina de los eginetas, quita «la paja del ojo del Pireo.» Pero habia sublevado toda la Grecia contra ella.

El espíritu conciliador de Cimon podia únicamente curar el mal; Pericles, su rival, le hizo llamar (450), y la voz autorizada y poderosa del hijo de Milciades hizo deponer las armas á los espartanos. Despues volvió sus miradas contra sus implacables enemigos de Oriente. Tenia que vengar el desastre de Menfis. En poco tiempo se apoderó de Males y de Citium, destruyó la flota fenicia, á la cual toma cien naves, y persiguió á los persas hasta las costas de Cilicia, de donde vuelve vencedor y cargado de botin, y va á poner sitio á Sa-

Entonces fué cuando Artajerjes, alarmado lamina.

por las crecientes ventajas de los atenienses y por el genio de Cimon, viendo sus flotas destruidas y sus provincias desguarnecidas, trató de conquistar la paz á costa de los mayores sacrificios. Desde su lecho de muerte, Cimon dictó las siguientes condiciones: «Todas las colonias griegas del Asia Menor serán declaradas independientes del rey de Persia; los ejércitos del monarca no se aproximarán á la distancia de tres jornadas de la costa occidental, y ninguna nave persa se presentará entre las rocas Cianeas y las islas Quelidonias;» es decir, entre el Bósforo y el promontorio de Licia, en todo el Mar Egeo y el Mediterráneo. Por lo demás, los atenienses consentian en no inquietar más al rey de Persia, y en retirar los armamentos de Chipre.

Tal fué el fin de esta memorable guerra entre el Asia y la Europa. Cimon no tuvo la dicha de gozar de su gloria; acababa de morir antes de la conclusion del tratado, y la flota victoriosa no llevó á Atenas más que su cadáver. Estériles honores fueron tributados á sus restos, y muchas veces los atenienses en sus calamidades públicas invocaron el nombre del héroe. Los oráculos de la Pitia mandaron que fuese venerado «como un dios.» Ninguno habia elevado tan alto la gloria de su patria.



Es, en efecto, un extraño y maravilloso espectáculo el de una pequeña y reducida nacion, ocupando un imperceptible punto del globo é imponiendo la ley á una de las más vastas dominaciones que han existido en todos

los siglos. Estaba escrito que el Oriente no saldría de sus límites; su mision estaba cumplida con Ciro: *Huc usque venies*. Atenas fué el imperceptible grano de arena contra el cual se estrelló el orgullo y la soberbia de las olas.